Las cisternas que escuchaba Mar

En la nave Arrecife el agua tenía dos sonidos. Uno era el golpeteo breve de las válvulas al cambiar de ciclo. El otro, casi inaudible, llegaba desde las paredes viejas cuando los tubos se enfriaban. Mar aprendió a distinguirlos mucho antes de convertirse en contable, porque de niña dormía junto al depósito de los huertos.

La semana del giro recibió tres informes incompatibles. El tablero central mostraba treinta y cinco mil doscientos kilogramos de agua en inventario. El equipo de horticultura podía localizar físicamente veintiocho mil. El tercero, firmado por los técnicos de recuperación, decía que ninguna avería reciente explicaba la diferencia.

El giro no significaba dar la vuelta a una nave como quien cambia de calle. Después de décadas acelerando hacia su destino, Arrecife debía orientar sus motores para iniciar la larga desaceleración. Durante la maniobra, parte del sistema de cultivo sería reconfigurado y habría que mover agua de unos circuitos a otros. Los cálculos aprobados exigían disponer de treinta y un mil cuatrocientos kilogramos de agua utilizable al mismo tiempo. No era agua que fuera a desaparecer en un día: hacía falta para llenar los circuitos y mantener una reserva mientras los recuperadores estabilizaban el ciclo.

—Según las cuentas sobra —dijo Yara, jefa de horticultura, dejando una manguera desconectada sobre la mesa—. Según los depósitos nos faltan tres mil cuatrocientos kilos. No puedo regar un número escrito en la pantalla.

Mar pidió que nadie ajustara el tablero hasta localizar las partidas. La tentación habitual era corregir un número grande y seguir adelante. En una nave sin puertos cercanos, una cifra corregida sin explicación podía convertirse en la próxima avería.

Abrió el inventario por componentes. Diecinueve mil seiscientos kilogramos estaban almacenados en depósitos medidos. Ocho mil cuatrocientos circulaban por el sistema activo y podían recuperarse por los equipos existentes. Los siete mil doscientos restantes figuraban como «agua recuperable de matrices absorbentes».

—¿Dónde están esas matrices? —preguntó.

—Detrás de los paneles antiguos —respondió Nilo, técnico de mantenimiento—. Absorbían humedad cuando había más condensación. Ya no se fabrican.

Los paneles seguían pesando lo mismo. Mar lo comprobó con los registros de masas de la nave: nadie había tirado siete mil doscientos kilogramos al espacio. El problema era otra palabra, no otra pérdida. El agua existía dentro del material, ligada a una estructura envejecida de la que los extractores instalados ya no podían separarla sin destruir también los paneles y comprometer otras instalaciones.

—¿Se puede construir una máquina que lo haga? —preguntó Yara.

Nilo dejó dos tornillos sobre la mesa.

—Quizá en una generación. No antes del giro. No tenemos energía, repuestos ni tiempo para prometerlo.

Mar trasladó los siete mil doscientos de la columna «utilizable» a «retenida sin vía actual de recuperación». El total físico continuó en treinta y cinco mil doscientos. El disponible bajó a veintiocho mil. La pantalla se llenó de avisos rojos.

Su superior le pidió que dejara el cambio como provisional. No porque dudara de las mediciones, sino porque el boletín público del giro ya estaba preparado y todas las familias esperaban una ceremonia de despedida de la primera mitad del viaje.

—No podemos cancelar la confianza con una tecla —dijo él.

—Tampoco podemos llenar el circuito de horticultura con confianza.

Buscando el origen de la clasificación, Mar encontró los libros de cinco contables anteriores. La misma partida aparecía cada año con una nota al pie: «recuperable según diseño». El informe más antiguo llevaba un comentario añadido a mano: «No ajustar la cuota familiar mientras se estudia una alternativa de extracción».

La nota tenía sesenta y tres años. La supuesta alternativa nunca llegó a construirse.

Mar leyó mensajes de quienes habían ocupado su puesto. En uno, una contable llamada Eda advertía que reclasificar el agua reduciría la reserva de seguridad y obligaría a consumir menos en el viaje de sus hijos. Otro contable respondió que debían esperar una revisión técnica. Cuatro décadas después, alguien había escrito encima: «Mantener criterio histórico por comparabilidad».

Mar conocía aquella forma de esconder una decisión. En contabilidad, una partida podía seguir sumando durante años porque nadie quería soportar la pérdida de cambiar su nombre.

No todos los anteriores habían mentido del mismo modo. Algunos confiaron en una tecnología posible; otros prefirieron no enfrentarse al costo. Pero el efecto se había acumulado: las cuotas se asignaron suponiendo disponible un agua que nadie sabía sacar.

Yara la esperó frente a la ventana del huerto. Tras el vidrio, las hojas de los cultivos se inclinaban hacia la luz de trabajo. La gente de horticultura había preparado las raíces para el cambio de gravedad y no podía mantenerlas indefinidamente en el mismo circuito.

—Podemos recortar el uso no esencial —dijo Yara—. Ya lo estamos haciendo. Eso no coloca los tres mil cuatrocientos kilos donde hacen falta. Si dejamos sin cebar la línea nueva, perderemos una parte del cultivo y el agua que retenía volverá demasiado tarde.

Mar señaló otro registro, separado de los balances de operación. En la cubierta central había una sala ceremonial construida por la primera generación. Su techo curvo albergaba cuatro depósitos sellados con cuatro mil cien kilogramos de agua. No constaban como disponibles porque formaban parte de la estructura del memorial y sus tuberías se habían aislado décadas atrás.

Cada año, en esa sala, los niños aprendían los nombres de quienes habían salido de la Tierra. Sobre el suelo había pequeñas placas con sus voces transcritas, una por familia. Desmontarla significaba quitar el único lugar de reunión que no se había diseñado para producir algo.

—Es una reserva real —dijo Mar—. No estaba incluida en los treinta y cinco mil doscientos. No tenemos que inventarla ni contarla dos veces.

Nilo la acompañó al memorial. Golpeó suavemente un depósito y escuchó el retorno de la vibración. El agua estaba allí, pero no sabían en qué condiciones. El aislamiento era viejo y el primer flujo de limpieza se perdería al preparar el circuito.

—Hay cuatro mil cien kilos encerrados —dijo—. No puedo garantizar cuánto será apto hasta analizarlo. En el plan conservador descontaría cuatrocientos entre purga, tratamiento y pérdidas. Incluso tres mil setecientos sigue siendo una estimación, no una promesa.

—Con eso sumaríamos treinta y un mil setecientos utilizables. Apenas trescientos por encima del mínimo —calculó Mar.

—Y solamente si el tratamiento funciona.

La propuesta llegó al consejo de la nave con sus dos columnas. Una decía «agua medida, pero inaccesible». La otra, «agua accesible, pendiente de análisis». La presidenta del consejo preguntó si derribar el memorial garantizaba terminar el viaje.

—No —respondió Mar—. Garantiza que dejemos de confundir una reserva imaginaria con un depósito medible. Puede permitir el giro sin sacrificar el circuito de cultivos, pero no corrige todas las pérdidas futuras.

Una historiadora se levantó al fondo. Había pasado su vida cuidando aquella sala.

—Si desmontamos las placas, ¿dónde escucharán nuestros nietos los nombres?

Mar no tenía respuesta. La sala era pequeña y algunos nombres estaban grabados en materiales que no sobrevivirían al traslado. En el plano de mantenimiento había una casilla titulada «valor no recuperable» y nadie podía asignarle un número.

El consejo votó abrir primero una compuerta de inspección y analizar una muestra. Si la calidad lo permitía, desmontarían la sala por sectores, fotografiando cada placa y conservando las que pudieran trasladarse. La historiadora exigió que se registraran también las pérdidas: los fragmentos que se quebraran, los nombres que ya no fueran legibles, el lugar vacío que quedaría en la cubierta.

Los técnicos tardaron dos turnos en obtener la primera muestra. No estaba lista para beber. Debían tratarla y verificarla antes de introducirla en los circuitos. Nadie aplaudió el resultado; aún no era agua utilizable. Sin embargo, la prueba mostraba que podía recuperarse una fracción apreciable con los equipos de la nave.

Mar publicó el balance corregido. En la primera pantalla escribió: «El agua no ha desaparecido. Hemos estado contando como disponible lo que no podíamos extraer». Luego dejó visibles los nombres de las personas que habían aprobado el método, incluido el suyo durante los dos años anteriores.

Las familias recibieron un nuevo calendario de usos y de revisiones. Algunas protestaron por la reducción preventiva del consumo; otras pidieron conservar intacta la sala. Nadie obtuvo una respuesta definitiva. El equipo de horticultura preparó un plan alternativo por si la recuperación del memorial entregaba menos agua que la estimada.

En el siguiente turno, Mar pasó por el corredor central. Habían retirado el primer panel del techo ceremonial. En el suelo quedaba una marca clara donde se reunían los niños para escuchar historias de la Tierra. En lugar de placas había un depósito abierto, etiquetas de seguridad y personas midiendo con paciencia.

Mar se detuvo para oír la válvula de la primera línea. Sonó dos veces antes de quedar en silencio. En su cuaderno no anotó «agua salvada». Escribió la masa efectivamente recuperada, el agua todavía en tratamiento y lo que seguía sin poder medirse. Cuando levantó la vista, el viaje continuaba, pero ya no dependía de que un nombre incorrecto permaneciera en una columna.